

# Año nuevo que comienzas...

Por Myriam S. Alvarez Pérez



Terminar un año y comenzar otro es siempre un período de tiempo que convoca al análisis de nuestra vida personal. Son frecuentes las preguntas acerca de si hemos logrado lo que deseábamos en el año que termina o qué posibilidades tendremos para lograrlo en el que comienza, cuáles proyectos nuevos emprenderemos o si, por el contrario, seguiremos con lo mismo que ya no nos satisface tanto como antes.

Dar respuesta a esas interrogantes nos puede provocar incertidumbre, angustia y conflictos; y es que no siempre ni necesariamente el alcance de las metas nos trae la alegría o felicidad esperada.

Obtener cosas, en el más amplio sentido de la frase, no es sinónimo de felicidad, aunque no cabe dudas de que provoque satisfacción.

La satisfacción es una relación que establecemos entre nuestras aspiraciones y los logros que vamos obteniendo en nuestras vidas; así estaremos más satisfechos mientras más hagamos realidad nuestros sueños.

Sin embargo, la felicidad va más allá de esta simple relación que hemos descrito. Muchos califican a la felicidad como un “estado del alma”. Creo que están muy cerca de la verdad, pues la felicidad tiene mucho que ver con nuestra capacidad para disfrutar de las cosas en general, es un sentimiento de gozo interior, de paz y tranquilidad mental.

El filósofo Marco Aurelio decía que “ningún hombre es feliz si no cree que lo es”. Parece entonces que la felicidad es un estado emocional personal y depende mucho de la capacidad de tener pensamientos positivos y constructivos acerca de nosotros mismos.

Es cierto que existe relación entre satisfacción y felicidad; pero no siempre una es el camino directo para conseguir la otra. Por eso un colega de mi disciplina en una oportunidad brindó una tipología de individuos en la que cualquiera de nosotros pudiera incluirse. De acuerdo con esta clasificación, las personas pueden reunirse en cuatro grupos:

Los que tienen y no se conforman con lo que tienen (avariciosos)

Los que tienen y no disfrutan de lo que tienen (amargados)

Los que no tienen y critican a los que tienen (envidiosos)

Los que disfrutan lo que tienen y se alegran de lo que tienen los demás (los sabios)

Si somos sinceros nos podemos dar cuenta que en la carretera de nuestras vidas hemos podido haber transitado en algún momento de uno de estos grupos que hemos descrito hacia otro; y, por supuesto, encontraremos a los que se han quedado estancados en una de estas posiciones, salvándose los sabios que han logrado alcanzar la última.

El mapa de nuestra vida se forma de carreteras que se estrechan o se ensanchan según las facilidades que poseamos para transitar el camino. Así, para muchos la vida pudiera representarse como una carrera de obstáculos, en la cual a veces saltamos el obstáculo sin ninguna dificultad, otras nos sucede que al saltarlo, lo tumbamos, nos caemos; pero nos levantamos y podemos seguir; en el peor de los casos, ocurre que la caída puede ser mortal o que sus consecuencias nos deja secuelas para continuar.

Antes de llegar al final de la vida, muchas personas han tenido encuentros con la muerte, porque sus fracasos o experiencias negativas los han hecho morir psicológica o espiritualmente, pues han perdido la fe, la esperanza o la perseverancia en el esfuerzo diario; en el más triste de los casos existen los que han muerto moralmente, perdieron las fronteras entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo erróneo, entre el dejarnos llevar por motivaciones exclusivamente hedonistas a preferir proyectos que nos hagan crecer como seres humanos.

En este año nuevo que comienza, tenemos una nueva oportunidad para conocer la dimensión divina del amor y la justicia, para reconocer que en cada “pérdida” o fracaso que podamos tener nos pueden quedar ricas experiencias para no cometer iguales errores, para darnos cuenta que debemos aceptar los cambios y retos que cada etapa de la vida nos trae y para hacer posible que vivamos con un propósito inspirado en Dios.